

DEFINICIONES DE LA DIRECCIÓN NACIONAL DE RUMBO DE IZQUIERDA

Un plan político es una herramienta imprescindible para guiar nuestra acción ante los desafíos de la etapa, pero si un plan político no está precedido de una correcta caracterización de la coyuntura y de una estrategia, el plan político no necesariamente conduce hacia dónde se quiere llegar.

Un cambio de época

Hace rato que se viene señalando que nos encontramos ante un cambio de época, por tanto, resulta razonable dedicar un tiempo de nuestro análisis a corroborar si esta es una afirmación correcta, pero por sobre todo a caracterizar cuáles son los aspectos centrales de esta transformación y sus impactos en ámbitos como la cultura, la sociedad, lo productivo y la política.

No es el objetivo de este documento abarcar tamaña tarea, sino simplemente dar cuenta a grandes trazos de algunas de estas dimensiones.

Un cambio de época intuitivamente nos lleva a pensar en una dimensión temporal.

En el campo de las ciencias sociales, probablemente haya sido Fernand Braudel quien más reflexionó sobre el tiempo histórico y su importancia para el estudio de las sociedades humanas.

Para este autor existen tres temporalidades distintas: la factual, que analiza el tiempo breve, el de los acontecimientos efímeros y explosivos; la coyuntural y cíclica, centrada en la mediana duración; y la de larga duración, la que considera más relevante y es solo abordable desde enfoques multidisciplinarios.

Pero traer a la discusión a este autor resulta funcional para expresar la necesidad de un enfoque analítico que nos permita una reflexión sobre la sociedad que trascienda la contingencia, y logre proyectar una observación del presente que abarque su complejidad.

Los debates sobre los alcances de este cambio de época llegan hasta el plano geológico, donde se comienza a hablar del "antropoceno" como nueva era que estaría atravesando el planeta. Superado el holoceno, iniciado hace unos 11700 millones de años, esta nueva era geológica estaría pautando que los cambios radicales que experimenta la tierra ya no se asocian a fenómenos naturales (glaciaciones, meteoritos) sino a la acción del hombre.

Con relación a cuándo identificar el comienzo de esta nueva época en términos simbólicos o políticos, algunos la sitúan a partir de la revolución industrial y otros a partir de los ensayos nucleares de mitad del siglo pasado (los desechos de la fisión nuclear seguirán siendo radioactivos por más de 100 mil años).

La agricultura, la minería o la urbanización han transformado ya el 75 por ciento de la superficie terrestre. Si bien estos procesos comenzaron hace miles de años provocando la desaparición de más del 83 por ciento de los animales salvajes, el 80 por ciento de los mamíferos marinos, la mitad de las plantas o el 15 por ciento de los peces, es a partir del siglo XX que se produce una aceleración y en la actualidad el 70 por ciento de las aves son de granja y el 60 por ciento de los mamíferos se crían en establos.

Gabrielle Hecht, historiadora de la Universidad de Stanford nos advierte sobre la problemática de atribuir el cambio ecológico a toda la humanidad, sin tener en cuenta la geopolítica o las dinámicas de poder de la desigualdad. Para reforzar su idea, estudia el caso de África, donde desde el siglo XX se produce una intensiva extracción de minerales (fundamentalmente oro y uranio), ya sea por parte de estados extranjeros o por multinacionales con desastrosas consecuencias ambientales. O cómo las empresas petroleras cumplen con estrictas restricciones en algunos continentes, pero colocan sus productos más sucios en otros.

Es así que algunos escritos insisten en que un cambio en la terminología puede captar mejor estas diferencias; el Capitaloceno es el nombre sugerido por algunos científicos sociales que intentan evidenciar cómo la desigualdad global y la dependencia del capitalismo de la "naturaleza barata" han producido la situación actual del planeta.

En todo caso más allá de terminologías, es imposible que “la política” no incorpore estas dimensiones en sus debates. Pero este cambio de época también se puede caracterizar por las profundas transformaciones que la hiperglobalización y la era digital trajeron aparejadas.

Estos cambios impactan en todas las dimensiones de la actividad humana. Si algo sobresale de estos impactos, es que nos encontramos en el siglo XXI frente a un mundo radicalmente plural y diverso, en contraste a la relativa “homogeneidad” observable en buena parte del siglo XX.

En definitiva, toda esta gran transformación nos coloca frente a un mundo cada vez más complejo, donde las herramientas de análisis utilizadas por la política para interpretar la realidad y poder abarcar tal complejidad, parecen cada vez más inadecuadas, insuficientes o parciales.

Daniel Innerarty -Una teoría de la democracia compleja-ⁱ sostiene que los principales grupos que configuran el paisaje político (la izquierda socialista, la derecha conservadora, los liberales individualistas) mantienen por lo general un andamiaje ideológico que no está en consonancia con la complejidad social actual, ni como conciben sociedad e individuo, transformación y conservación, ni con sus objetivos ni con sus métodos de intervención.

Los dogmas repetidos como un catecismo, no solo no son un buen aliado, sino que terminan siendo peligrosos, para intentar comprender y después asumir el desafío de cambiar nuestra realidad.

No hay nada menos práctico que una mala teoría o la ausencia de ella.

Por lo que la izquierda debería asumir a cabalidad el desafío de procesar una actualización en tres dimensiones: ideológica, programática y organizacional.

La Democracia

Probablemente no haya tarea más relevante en esta etapa que la defensa de la democracia, porque ésta atraviesa una profunda crisis.

Desde nuestro punto de vista, el proyecto transformador de la izquierda será democrático o no será.

La crisis de la democracia se expresa en varias dimensiones: política, económica y cultural.

En materia económica, la crisis se relaciona con el aumento exponencial de las desigualdades.

Sobre esto hay gran cantidad de investigaciones, desde Piketty a Atkinson, y se pueden encontrar no solo datos, sino explicaciones relevantes para comprender este fenómeno y sus radicales impactos.

Desde la década del setenta, y con el advenimiento del credo neo liberal, se comienza a desmontar lo que se reconoce como "estado de bienestar" que se materializa y consolida a partir de la segunda pos guerra.

A partir de ese momento se da un fortalecimiento de las democracias en occidente, expresado en una especie de compromiso democrático entre estados, capital (empresas) y trabajo, que llegará hasta la década del setenta. A partir de allí comienza lo que se reconoce como "pos democracia" (en una periodización aportada por la profesora Carla Yumatle), identificada con el auge del neo liberalismo y las ideas del Consenso de Washington. Desde el 2008 se produce la profundización neo liberal y lo que ya se caracteriza como "crisis democrática".

Lo que resulta claro, es que a partir de la década del setenta cambia el peso negociador de las empresas multinacionales, se profundiza la desregulación por parte de los estados, cae la sindicalización (entre otras cosas por grandes transformaciones en la organización del trabajo y por aumento de prácticas anti sindicales de empresas y gobiernos) y en consecuencia también se reduce la masa salarial y la distribución de la riqueza.

Conviene señalar que los mercados no son organismos naturales ni construcciones espontaneas como pretendía Hayek, son construcciones políticas.

Los mercados se crean y se sostienen, lo que justifica la intervención política para recuperar su eficiencia. Los mercados no son solo mecanismos de competencia, deberían ser mecanismos de cooperación y coordinación.

En todo caso, la profundización de la desigualdad es de tal magnitud, que los instrumentos privilegiados por los estados de bienestar –como las leyes anti monopolios o los impuestos progresivos–, parecen insuficientes para revertir esta situación. Además de ellos, probablemente se deberán buscar herramientas que impacten directamente sobre la riqueza y la propiedad acumulada.

No debemos olvidar, además, que nos encontramos ante un capitalismo de plataformas, donde cinco empresas se reparten el mercado y cambian radicalmente las formas en que se genera la riqueza.

Desde el punto de vista de una dimensión más política, podemos observar cómo las democracias se deterioran sin que medien quiebres democráticos, sino por líderes oportunistas electos mediante campañas engañosas y maniqueas que manipulan la realidad.

En “Como mueren las democracias”, Steven Levitsky y Daniel Ziblatt sostienen que las democracias se debilitan por la erosión de algunas reglas informales. Fundamentalmente dos:

- La tolerancia: el reconocimiento del otro como un adversario, no como un enemigo. Más allá de las profundas diferencias que puede haber entre partidos, no se debería perder de vista que el adversario a veces busca objetivos similares a los nuestros y no persigue objetivos perversos; sino que se equivoca en las ideas y los instrumentos. O no perder de vista que representan la sensibilidad de un grupo relevante de compatriotas. La polarización creciente que observamos en las dinámicas políticas, inclusive crecientemente en el Uruguay, nos debería hacer reflexionar sobre este punto.
- La segunda dimensión se relaciona con la contención que hay que tener en el ejercicio del poder político. Ganar una elección no

otorga un poder discrecional; y se están volviendo cada vez más comunes prácticas que si bien no son ilegales, claramente traicionan el “espíritu” de la ley. La aprobación de la LUC resulta un buen ejemplo en el Uruguay.

En el plano cultural se observa un cambio profundo en materia generacional. Las nuevas generaciones son más seculares, más autónomas, más individualistas y menos arraigadas. Por contrapartida, las viejas generaciones –más tradicionalistas– son las que participan mayormente de la política.

Pero un aspecto central en la dimensión cultural lo representa lo que Michael Sandel denominó como la “tiranía del mérito”.

Sandel, no critica el mérito, sino la virtud que no es tal. Un sistema meritocrático que ha vaciado de contenido nuestra experiencia comunitaria; y que profundiza el resentimiento y la frustración, contribuyendo a perpetuar las desigualdades.

La mirada tecnocrática neoliberal de gobernanza ha instalado la idea de que la resolución de nuestros problemas de convivencia, disputa de valores y la construcción comunitaria, son discusiones técnicas que las dirime el mercado. Y lo que hay que retomar es la discusión de valores que nunca la resolverá el mercado.

La ética meritocrática promueve una política de la humillación. Se niega la injusticia, lo que habría es ineficiencia, de ahí la humillación. No se puede abordar este problema solo desde el punto de vista económico. El mercado no resuelve estos problemas y tampoco los tecnócratas.

La pérdida del sentido de comunidad tiene impactos muy nocivos en nuestros sistemas de convivencia, y esto se observa con claridad en la agudización de los problemas en materia de seguridad ciudadana.

Por último, Daniel Innerarty en su mencionada obra fundamenta que la principal amenaza de la democracia no es la violencia ni la corrupción, ni la ineficiencia, sino la simplicidad.

En tal sentido, renunciar a una sofisticación teórica alumbra prácticas políticas que benefician a quien se sostiene en la simplificación, aunque esto no aporte ninguna claridad sobre lo que realmente está en juego.

La simplificación expone la falta de actualización de nuestros conceptos políticos, que fueron diseñados para una época de relativa simplicidad social y política.

La diferencia entre una democracia compleja y una simple, estribaría en que la compleja intenta equilibrar –aún a costa de mayor inestabilidad o contradicciones– valores, dimensiones y procedimientos diversos, en muchas ocasiones difícilmente compatibles; mientras que la segunda entroniza uno de sus procedimientos –ya sea la voluntad instantánea del pueblo, las promesas de efectividad de los expertos o la estabilidad del orden legal– y desprecia todo lo demás.

Las principales amenazas a la democracia no se relacionan a las experiencias de quiebre que asociamos a las formas clásicas de autoritarismo como el fascismo, sino a formas más sutiles de degradación.

El autor sostiene que más que complotos contra la democracia, lo que se observa es debilidad política, falta de confianza y negativismo de los electores, oportunismo de los agentes políticos o desplazamiento de los centros de decisión hacia lugares no controlables democráticamente.

Si los sistemas políticos se muestran incapaces de resolver los problemas de desigualdad o de garantizar ciertos niveles de seguridad sin comprometer los derechos humanos, o de promover el crecimiento económico, la confianza en promesas que no reparan en los formalismos democráticos se vuelve una tentación irresistible para los ciudadanos, como está sucediendo en muchos lugares del mundo. ⁱⁱ

La dimensión internacional y la crisis del multilateralismo.

Como establecíamos al comienzo de este documento, no es nuestro propósito abordar todas las dimensiones que serían necesarias para un correcto análisis de la coyuntura.

Por tanto, solo se intentará dar cuenta de algunas cuestiones que consideramos esenciales.

La globalización no solo ha acelerado estos procesos, también ha contribuido a consolidar la interdependencia que dificulta pensar que las posibles soluciones puedan no abordarse globalmente.

Esto resulta más que claro para los problemas ambientales, pero otro drama contemporáneo como el aumento exponencial de las desigualdades, tampoco puede abordarse a cabalidad en las escalas nacionales.

Hay problemas en el mundo que por su dimensión y complejidad solo pueden abordarse de manera multilateral.

El cambio climático, el aumento dramático de las desigualdades, el crimen organizado, el terrorismo, los problemas migratorios, la evasión y la elusión fiscal, el dominio sobre los datos, la resolución pacífica de las controversias entre estados, o más recientemente un sistema de propiedad intelectual que dejó a miles de millones de personas sin vacunas, entre otros; son problemas que se deben abordar globalmente para avanzar en soluciones reales y sostenibles.

Las principales instituciones organizadas por los países para avanzar en una auténtica gobernanza global, son producto de acuerdos alcanzados por los vencedores de la segunda guerra mundial.

Dos guerras mundiales con consecuencias dramáticas para buena parte del mundo, convencieron a los países de que, para no cometer los mismos errores en el futuro, había que avanzar por el camino del multilateralismo y la gobernanza global.

El fin de la segunda guerra mundial evidenció un mundo bipolar encabezado por un lado por Estados Unidos y por otro por la Unión Soviética.

Así surgen las Naciones Unidas, cuyo antecedente fue la Liga de las Naciones en San Francisco, del año 1945; y posteriormente en Breton Woods, nace el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Instituciones heredadas de la mayor confrontación bélica de la historia, su estructura de toma de decisiones da cuenta del poderío de los vencedores y de un mundo partido en dos por la guerra fría: ninguna de ellas ostentará una estructura democrática para la toma de decisiones,

Esto pautó que por ejemplo en el Consejo de Seguridad, único organismo de Naciones Unidas con capacidad de emitir resoluciones de cumplimiento obligatorio, de sus 17 miembros, 5 tienen derecho a veto: Rusia, Estados Unidos, Reino Unido, Francia y China.

Si hablamos del FMI, el voto de Estados Unidos en la junta de gobernadores, equivale al 16,74 por ciento de los votos, y como las resoluciones requieren un 85 por ciento del respaldo, Estados Unidos termina teniendo derecho a veto en las resoluciones de este organismo.

Pero el mundo de posguerra ya no es el mundo de nuestro presente.

De la bipolaridad, luego de la caída de la Unión Soviética, se pasó a una pretendida unipolaridad liderada por Estados Unidos. Sin embargo, ya se observaba una marcha inexorable hacia la multipolaridad de nuestros días; donde se consolidan cada vez más los grandes bloques regionales, y el centro de gravedad se traslada de occidente a la zona de Asia-pacífico.

Para el 2030, de las 10 economías más grandes del mundo, cinco corresponderán a países llamados emergentes.

El nuevo orden mundial ya no dependerá de una potencia, ni de los valores occidentales, sino de un equilibrio de poderes y de la conjunción de distintas visiones estratégicas.

El mundo se mueve a una velocidad de vértigo y la adecuación de los organismos de gobernanza mundial muy lentamente o lisa y llanamente no se mueve nada.

Si tomamos como ejemplo una pequeña reforma del FMI impulsada por Estados Unidos en el año 2010, se terminó de aprobar en el parlamento norteamericano recién en 2016.

Desde hace un buen tiempo lo que parece predominar es una peligrosa deriva nacionalista. Cuando la misma se manifiesta en países muy poderosos y relevantes para el orden mundial, como el Estados Unidos de Donald Trump o la Rusia de Vladimir Putin, se termina transformando en un factor de inseguridad e inestabilidad de alcance global.

Abordar estos problemas no solo exige una nueva arquitectura de la gobernanza global, sino un nuevo enfoque. Uno que coloque la búsqueda de la paz, la cooperación, los objetivos de desarrollo compartido y el cuidado del medio ambiente, entre otros, como los objetivos principales para alcanzar visiones comunes en el mediano plazo.

Por ahora el mundo parece ir a contramano.

América Latina:

El continente parece retornar a una senda donde las alternativas progresistas obtienen victorias electorales. Resulta bastante difícil caracterizar esta coyuntura como un nuevo "ciclo" similar al experimentado en los albores del presente siglo. A todas luces los gobiernos que podrían caracterizarse como "progresistas" presentan diferencias relevantes entre sí.

Pero lo que sí cabe destacar es que podrían terminar coincidiendo gobiernos de este signo en países muy relevantes para el continente, a saber: México, Colombia, Chile y muy probablemente Brasil.

Esto sin duda dispone un escenario sumamente esperanzador para transitar un real proceso de integración continental, cualitativamente superior a los intentos desplegados en el anterior "momento" del progresismo latinoamericano.

Esto resultará vital para aprovechar los nuevos escenarios geopolíticos que se están presentado, generar fortalezas, complementaciones estratégicas;

resultan claves para desarrollar una cierta equidistancia de un enfrentamiento cada vez más explícito entre China y EEUU.

Por otro lado, la Unión Europea (sin duda el modelo de integración regional más desarrollada y del cual se pueden sacar valiosas experiencias), comienza a mirar con especial interés el poder concretar una alianza estratégica de nuevo tipo con nuestro continente. Esto podría resultar en una oportunidad inédita en materia de cooperación y complementación económica, cultural y ambiental.

En esta oportunidad el transitar por un proceso de real integración latinoamericana no debería ser desaprovechado.

Uruguay y la proximidad de la coyuntura electoral

En 2024 culminarán cinco años de gobierno de la coalición multicolor y asistiremos a una nueva elección.

Independientemente de condicionamientos externos relevantes, como lo son la pandemia y la guerra, el programa neo liberal aplicado no ha podido dar respuesta a los principales problemas que se expresan en nuestra sociedad.

El cúmulo de promesas incumplidas es importante: los problemas de convivencia y seguridad ciudadana a todas luces se han agravado, la "gran reforma educativa" no se procesó, la seguridad social no aparenta que vaya a ser revisada, la reforma del Estado no ha pasado de anuncios, las tarifas públicas y los combustibles no han cesado de aumentar, la inversión pública ha retrocedido (fundamentalmente la de las empresas públicas en áreas estratégicas como las telecomunicaciones y la energía), la política de vivienda no ha avanzado ni en la regularización de asentamientos, ni en la promoción de vivienda de interés social y se ha experimentado una pérdida en el poder adquisitivo de salarios y jubilaciones luego de quince años de recuperación.

Salvo en la política económica, donde se observa una cierta coherencia en jerarquizar el ajuste y la contención del gasto sin medir las consecuencias

sociales de dicho programa, en el resto de las áreas estratégicas del Estado, lo que se observan son políticas más que nada erráticas y carentes de coordinación.

Resulta bastante claro que más allá de eslóganes de campana electoral, no estaban muy preparados para gobernar.

En una esquemática síntesis se podría afirmar que en la política del seguir al “malla oro”, éste le ha sacado varios cuerpos de ventaja al resto de la población, y cuando pasemos raya, tendremos un país más injusto y desigual que hace cinco años.

Como señala Joseph Stiglitz: “La economía del derrame, el argumento de que enriquecer a los ricos automáticamente favorecería a todos, fue una estafa, una idea que no estaba respaldada ni por la teoría ni por la evidencia.”

Esta realidad legada por el actual gobierno, más los condicionamientos externos, en buena medida condicionará los alcances del programa a presentar en la coyuntura electoral.

Sin duda el Frente Amplio puede mostrar resultados mucho más relevantes en términos de desarrollo, en cualquier área que se quiera comparar con el gobierno multicolor.

Y es indudable que la campaña electoral se deberá abordar comparando resultados, pero por sobre todo debatiendo sobre los desafíos futuros.

Las elecciones

La polarización política ha aumentado exponencialmente en los últimos años en Uruguay, y como señaláramos en el desarrollo de este documento, éste es un fenómeno generalizado.

Además, si bien las redes sociales no producen por sí solas esta polarización, sin duda la profundizan.

Y parece que la política (como un espectáculo) pasa cada vez más por estas nuevas formas de comunicación.

Si hacemos un poco de memoria, podríamos afirmar que esta dinámica se comenzó a profundizar en el último gobierno del Frente Amplio. No había terminado de asumir el compañero Tabaré cuando la oposición política comenzó a instalar la idea de un presidente ausente y que no lideraba.

Luego se profundizó la estrategia de "judicializar" las diferencias políticas, tratando de sustituir las lógicas diferencias, por supuestos problemas de corrupción. Y no implica desconocer que hubo, hay y habrá problemas de inconductas que afectan a todos los partidos políticos; sino que en Uruguay al contrario de otros países, estos no parecen determinantes.

Incluso recién instalado el gobierno de la coalición multicolor se anunciaron con bombos y platillos auditorías a discreción, que hasta el momento solo han dispersado humo y detalles absolutamente intrascendentes.

Con estos antecedentes y en el clima antes mencionado, no debería extrañar que, desde nuestra fuerza política, también se desplegara una firme acción opositora sobre cualquier iniciativa oficialista.

Si bien no se podría afirmar que los puentes se dinamitaron, sin duda fueron bloqueados impidiendo cualquier tipo de diálogo realmente productivo. En lo inmediato, esto no parece que vaya a cambiar, hacia el futuro sería deseable que sí.

En la medida que nos acercamos a las elecciones, resulta razonable que esta polarización se incremente, contrastando gestión, proyectos y equipos.

Pero a la luz de algunas cosas desarrolladas en este texto, deberíamos reflexionar sobre las consecuencias de este incremento en el "tono" del debate político nacional.

Quizás no existan dudas de que la polarización en el debate podría resultar una estrategia exitosa de cara al 2024. Así mismo no deben existir dudas de que un nuevo gobierno del FA es la mejor alternativa para que los uruguayos tengan una dirección mucho más enfocada en la situación de los ciudadanos y ciudadanas más vulnerables. La pregunta que cabría realizarse es si los

cambios estructurales más relevantes que el país debe abordar con premura, son posibles sin un marco de acuerdo multipartidario.

El siglo XXI se mueve a otra velocidad, y el cambio de época que se está procesando nos coloca desafíos y oportunidades que de no ser mirados a tiempo nos van dejando cada vez más atrás.

Hay temas relevantes que deben ser abordados con rapidez y responsabilidad, como son la seguridad y la convivencia, la educación, los impactos ambientales de nuestras acciones o inacciones y el sistema de protección social. Y por la experiencia reciente de nuestros gobiernos y de la actual administración, parecen bastante difíciles de abordar integralmente sin un marco de acuerdos multipartidarios. Cualquier plan que intente cambios relevantes y sostenibles en cualquiera de las áreas mencionadas, deben pensarse más allá de un período de gobierno.

Sostener lo contrario nos puede colocar en una senda donde con muy buenas intenciones se prometan soluciones, pero en los hechos –como hasta ahora– no se logren resultados demasiado alentadores.

Esto no haría más que aumentar la frustración y el enojo de cada vez más ciudadanos, que dejan de confiar en los partidos políticos y la democracia.

Esto lo podemos observar con claridad en el mundo y en América Latina, incluso en el país algunas encuestas de opinión muestran el aumento de una indefinición electoral cada vez más parecida al descreimiento.

El Frente que precisamos

Los desafíos de la etapa por sus dimensiones y complejidad a veces se nos presentan como inabarcables.

Pensar la capacidad de las organizaciones políticas para abordar esta complejidad, parece una tarea necesaria e ineludible.

Los partidos políticos son una construcción de fines del siglo XIX y fundamentalmente del siglo XX. Y tienen cada vez menos puntos de contacto en diversas dimensiones en este siglo que nos toca vivir.

Muchos se preguntan si los partidos sobrevivirán en el siglo XXI y si es posible la democracia sin partidos políticos. Esta pregunta estaría lejos de responderse y si bien se pueden observar algunas democracias sin partidos (varios analistas coinciden en señalar el caso de Perú), ésta resulta de mucha peor calidad que la democracia de partidos.

Desde su nacimiento el Frente Amplio nunca se pensó como un clásico partido político, ya que era una confluencia de diversos partidos políticos, cada uno con fuerte historia e identidad propia. Esa pluralidad era su principal fortaleza y la confluencia se sustanciaba en un programa. En su marcha a la dimensión de coalición se fueron sumando militantes independientes de base que configuraron el movimiento.

Este Frente diverso y unitario permitió desplegar un proceso de acumulación política sostenido y sobrellevar coyunturas muy adversas como la dictadura cívico-militar, que entre otros objetivos se propuso la aniquilación de nuestra fuerza política.

Contra viento y marea el Frente se recompuso hasta alcanzar los éxitos electorales de nuestra historia reciente.

Pero desde hace un buen tiempo, el Frente Amplio ha venido adoptando formas organizativas y normas internas más propias de un partido que de una coalición.

Los partidos son formas organizativas mucho más homogéneas y muchas veces más "uniformizantes" que las coaliciones.

Las dinámicas que se han impuesto como hegemónicas, operan a menudo como una especie de fuerza centrífuga, provocando que la diversidad se debilite de tal forma, que a veces resulta imperceptible.

Frente a sociedades cada vez más complejas y diversas, no parece que sea esta forma de organizarnos y funcionar, la más adecuada para interactuar con la sociedad.

Organizaciones excesivamente burocráticas se vuelven casi sin darse cuenta en enemigas de la diversidad y la pluralidad, y a la vez son muy poco eficientes para articular y nutrirse de la complejidad.

Qué programa para qué transformaciones

En la coyuntura electoral se confrontarán programas que deberán dar cuenta de los desafíos que tiene el país en tiempos de gran incertidumbre.

Si bien el Frente Amplio puede mostrar logros relevantes en sus quince años de gobierno, la sociedad nos exige respuestas mucho más enfocadas en lo que vendrá, que en lo que pasó.

Y para complejizar este debate parece claro que algunas transformaciones “urgentes” que debe procesar el país en algunas áreas estratégicas de la vida nacional, difícilmente se puedan abordar sin algún marco de acuerdo multipartidario.

Esto no nos exime de la tarea de elaborar un programa de soluciones urgentes, poniendo el foco en la población más vulnerable que ha visto deteriorarse su condición, producto de la política económica desplegada por el actual gobierno.

Cuando los partidos políticos elaboran sus programas, parten de marcos conceptuales propios de la política, ciertos fundamentos morales y sus ideas sobre la justicia. A lo que cabría agregar los sectores sociales y los intereses que busca jerarquizar en su representación.

Aquí entra en juego lo que en nuestra fuerza política denominamos como el bloque social de los cambios.

Si somos coherentes con distintas ideas que hemos desarrollado en este documento, no parece que el concepto de "bloque" sea adecuado para interpretar la diversidad y pluralidad de las sociedades contemporáneas.

No parece que la sociedad se estructure en bloques, y en todo caso, si estos son tales, parecen ser organizaciones representativas de colectivos minoritarios que no dan cuenta de la enorme diversidad y pluralidad de la sociedad.

Estos señalamientos no parecen menores porque podemos interpretar que por asumir el programa o parte de los programas de estas organizaciones, estamos representando al "pueblo", o incluso pensar que sus prioridades son en realidad las prioridades de la mayoría de la sociedad.

Esto se podría relacionar con algunos análisis que insisten en señalar un alejamiento de nuestra fuerza política de este "bloque social de los cambios", cuando en realidad lo que parece es que la agenda de estos sectores estuvo muy bien representada en nuestras acciones de gobierno, y que la des acumulación progresiva de los respaldos electorales de nuestra fuerza política vino de la mano de otros sectores de la sociedad que dejaron de sentirse representados.

Iniciativas como las desplegadas recientemente como son el frente escucha y otras similares que apuestan al diálogo cercano con poblaciones fundamentalmente del Interior, siempre son bienvenidas.

Pero podrían llevarnos a confusión la afirmación de que el problema de la des acumulación de los últimos tiempos se basa en una especie de alejamiento o falta de escucha de estas poblaciones; cuando en realidad parece ser más un problema relacionado con la incapacidad de realizar una síntesis política que permita representar a cabalidad a esos sectores de la sociedad. Lo que necesariamente implica priorizar estas probables agendas sobre otras que se destacan por tener una fuerte "abogacía" dentro del Frente Amplio.

En todo caso parece que el problema no fue que no escuchamos, sino que no incluimos.

Por último y relacionado con lo programático, consideramos válido dejar planteado un desafío adicional para su definición.

Frente a un cambio de época como el que experimentamos, y con un tiempo que parece “desbocado” sobre todo a partir de la pandemia, el programa no solo debería dar cuenta de las “urgencias”. Para la política, -pensando en las encrucijadas que se le presentan a las democracias-, la necesidad de avanzar en algunas transformaciones estructurales se vuelve urgente.

Muchas veces tener en cuenta a aquellos que no votan en las próximas elecciones resulta muy difícil. Pero eso no exime de responsabilidad a los gobernantes de incluirlos en sus decisiones.

Por ejemplo: qué calidad ambiental les heredamos a los más jóvenes debe ser un elemento ineludible a la hora de trabajar en nuestro modelo de desarrollo; lo mismo si pensamos en nuestro sistema de protección social, los problemas de seguridad y de convivencia, o los desafíos en materia de ciencia, tecnología y educación. Toda la capacidad que tengamos para dar pasos sustantivos en estas materias, no solo tendrá efectos en la coyuntura, estaremos apostando a la construcción de un Uruguay más justo y sustentable para el futuro.

El Estado es la herramienta con la que cuentan las democracias para la gestión de los asuntos comunes. Estamos presenciando como este pierde capacidades para dar respuestas oportunas a determinados problemas sociales.

La perspectiva debería ser construir Estados altamente capacitados para dar respuesta a problemas relevantes como lo son la desigualdad, los problemas de convivencia o la sostenibilidad ambiental.

Es necesario generar instrumentos que les permitan a las personas vivir en contextos de alta y creciente incertidumbre, para lo que habrá que pensar una seguridad social integral. La incertidumbre se traduce en inseguridad y en miedo, con impactos muy negativos para la buena convivencia.

Generalmente cuando discutimos sobre el “gobierno” el foco lo ponemos en los sistemas de representación o en su diseño organizacional, pero poco se habla de la administración.

Max Weber sostenía que en su dimensión cotidiana el poder es administración.

En sociedades cada vez más complejas necesitamos de Estados con una importante autonomía relativa y con fuertes capacidades de administración. Y esto no es adherir a visiones tecnocráticas, ya que esto solo es posible con una fuerte legitimidad que solo puede darla la participación activa de los ciudadanos, la transparencia, la rendición de cuentas; en definitiva, la política.

Transitar la coyuntura electoral contrastando proyectos con firmeza, no debería hacernos perder de vista que un país de oportunidades, que alcance niveles de convivencia de calidad, sustentable e inclusivo, nos necesita a todos.

Las democracias presuponen sociedades plurales y diversas, en el futuro inmediato el Uruguay seguirá teniendo escenarios en lo político partidario de gran paridad; en general las democracias más consolidadas suelen tenerlos. Por lo que la buena convivencia se hace necesaria, entre otras cosas porque los partidos no se “mudan” y ya hemos aprendido que las pretensiones hegemónicas son generalmente erróneas, vanas, o simplemente llevan demasiado tiempo, el cual no tenemos.

Giuseppe Tomasi di Lampedusa advertía en el “Gattopardo”: “Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie”.

Dirección Nacional de Rumbo de Izquierda – Lista 624

ⁱ Daniel Innerarity. Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI. Galaxia Gutenberg. 2020.

ⁱⁱ Ibídem.